MUNDO DE LIBROS

# En el fondo del abismo: La justicia infalible

GEORGES OHNET

EDICIÓN DIGITAL

Vista previa gratuita · Mundo de Libros · tiendamundodelibros.com

# En el fondo del abismo: La justicia infalible

*Georges Ohnet*

Edición digital de dominio público.
Texto original: Project Gutenberg.
Mundo de Libros

**EN EL FONDO DEL ABISMO**

**POR JORGE OHNET**

[Ilustración]

**PARÍS LIBRERÍA DE LA Vda DE CH. BOURET 23, RUE VISCONTI, 23**

**EN LA MISMA LIBRERÍA**

**ÚLTIMAS PUBLICACIONES**

AFRODITA, por P. Louvs. Edición de lujo, con 150 grabados en el texto. 1 t. 18, oblongo.

**LA DAMA VESTIDA DE GRIS, por JORGE OHNET. 1 t. 12.**

**UN ANTIGUO RENCOR, por JORGE OHNET. 1 t. 12.**

**LA HIJA DEL DIPUTADO, por JORGE OHNET. 1 t. 12.**

**LA INÚTIL RIQUEZA, por JORGE OHNET. 1 t. 12.**

**EL CURA DE FAVIÉRES, por JORGE OHNET. 1 t. 12.**

**EL REY DE PARÍS, por JORGE OHNET. 1 t. 12.**

**EN EL FONDO DEL ABISMO, por JORGE OHNET. 1 t. 12.**

BUEN MOZO, por G. DE MAUPASSANT. Edición ilustrada. 1 t. 12.

**VÍRGENES Á MEDIAS, por MARCEL PROUST. 1 t. 12.**

**LA CAPILLA DEL PERDÓN, por ALFONSO DAUDET. 1 t. 12.**

**CABEZA DE FAMILIA, por ALFONSO DAUDET. 1 t. 12.**

**EL CULPABLE, por F. COPPÉE. 1 t. 12.**

**ESTELA, por C. FLAMMARIÓN. 1 t. 12.**

FIN DEL MUNDO, por C. FLAMMARIÓN. 1 t. 12. Edición ilustrada.

# EN EL FONDO DEL ABISMO

## (LA JUSTICIA INFALIBLE)

[Ilustración: JORGE OHNET]

París.--Imprenta de la Vda de CH. BOURET.

**JORGE OHNET**

**EN EL FONDO DEL ABISMO**

**(LA JUSTICIA INFALIBLE)**

**TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO**

**LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET PARÍS 23, RUE VISCONTI, 23 MÉXICO 14, CINCO DE MAYO, 14**

1899

# EN EL FONDO DEL ABISMO

## PRIMERA PARTE

### I

En el comedor de los Extranjeros del Club Automóvil, los convidados estaban acabando de comer. Eran las diez de la noche y los jefes de comedor servían el café. Los mozos se habían retirado y en el salón contiguo estaban preparadas las cajas de cigarros para los fumadores. Había allí doce comensales, seis hombres y seis mujeres, además del anfitrión, Cipriano Marenval, célebre industrial que había hecho una inmensa fortuna fabricando y vendiendo una fécula alimenticia que lleva su nombre. En torno de la mesa, adornada de flores extrañas y chispeante de cristales y de argentería, las mujeres de dudosa moral y los amables vividores convocados por Marenval estaban agrupados en un desorden tan familiar como explicable, dada la excelencia de los manjares y la calidad de los vinos, y escuchaban á un joven alto y rubio que, á pesar de las frecuentes interrupciones de que era objeto, seguía hablando con tranquilidad imperturbable:

--¡No! no creo en la infalibilidad humana; ni siquiera en la de los que tienen la profesión de dictar sentencias y que pueden por consecuencia atribuirse una experiencia particular. ¡No! no creo que en el momento en que un ciudadano como ustedes y como yo se sienta en el banco de madera de la tribuna del jurado se vea súbitamente iluminado por revelaciones superiores que le otorguen la ciencia infusa. ¡No! no creo que unos honrados padres de familia, ni

siquiera los solteros, en cuanto se endosan una toga, con ó sin armiño, no sean ya susceptibles de engañarse ni de dictar sentencias discutibles. En resumen, reclamo el derecho de creer en la ceguera de nuestros compatriotas en general y de los jueces en particular y siento, en principio, la posibilidad del error judicial!...

La concurrencia prorrumpió en voces tumultuosas, se elevó un concierto de imprecaciones y algunas de aquellas señoras empezaron á golpear los vasos con la hoja de los cuchillos. Los amigos del orador trataron una vez más de imponerle silencio con sus risotadas.

--¡Maugirón, nos estás aburriendo!

--¡Una cena de multa, Maugirón!

--¡Se escurre como un macarrón, este tipo!

--¡Qué cursi es eso! ¡Pues no se ocupa de la magistratura!...

--¡Oye! Pide una plaza de fiscal...

--¡Sois todos unos idiotas! exclamo Maugirón aprovechando un momento de calma.

--¡Qué grosero! dijo Marieta de Fontenoy. Oíd, debíamos marcharnos y dejarle solo.

--Marenval, ¿por qué nos invitas á comer con personas que tienen conversaciones serias á los postres? preguntó la linda Lucía Pithiviers.

--Mira, ahí tienes á Tragomer, dijo Lorenza Margillier á Maugirón, que escuchaba impasible todos esos apóstrofes. Ahí tienes un guapo muchacho que no es fastidioso en la mesa. Solamente ha hablado para decir cosas agradables. Tengo un capricho por él, y si él quiere te

planto, para enseñarte á hacer conferencias.

--¡Digo, digo! exclamó Maugirón; ahí tienes un buen negocio, Tragomer, y yo también. Lorenza me quiere dejar por ti... No vaciles, amigo mío, tómala. No desperdicies tanta dicha, ni aun al precio de mi desesperación. Pero, ante todo, dinos qué opinas sobre los errores judiciales.

--¡Oh! basta... ¡Pues no vuelve á empezar! ¡Esta chiflado! ¡Al ateneo! ¡Hacedle tragar la servilleta!

Todas estas interrupciones surgían de un coro de carcajadas, mientras, el convidado á quien se había dirigido Maugirón permanecía silencioso é impasible. Era el tal un hombre como de treinta años, alto, fornido, de cabeza cuadrada, color tostado, negros y rizosos cabellos y magníficos ojos azules. Su boca se dibujaba grave bajo un oscuro bigote y su barbilla afeitada ofrecía todos los caracteres de la firmeza, casi de la obstinación. Su ancha frente limitada por las cejas, era blanca, surcada por admirables sinuosidades en las que se revelaban las facultades de reflexión y de imaginación. Al verle de pronto serio y un poco sombrío, la animación de los convidados se enfrió súbitamente. El viejo Chambol, amigo inseparable de Marenval, interrogó con una especie de inquietud al joven, cuya gravedad contrastaba tan fuertemente con la alegría de aquella comida.

--¡Eh! señor de Tragomer, ¿qué le pasa á usted? ¿Es que ese charlatán de Maugirón le ha impresionado con sus paradojas? ¿Ó es que la declaración de nuestra gentil Lorenza le parece á V. un cataclismo social? Muy silencioso está usted y muy triste para ser un hombre á quien se han puesto debajo de la nariz las más hermosas muestras de

una bodega sin rival y ante los ojos los más bonitos hombros de París.

Tragomer levantó la frente y una sonrisa iluminó su semblante.

--Lorenza es encantadora, pero si aceptase su proposición, no me perdonaría el haberla hecho dejar á Maugirón y éste me guardaría rencor por habérsela quitado. No arriesgaré, pues, esta doble pérdida. Si me habéis visto un momento pensativo es que reflexionaba sobre lo que acaba de decir nuestro amigo y que bajo los excesos de elocuencia á que se ha entregado creo que hay un fondo de verdad...

--¡Ah! exclamó triunfalmente Maugirón. ¿Lo veis? Tragomer, noble bretón cuya sinceridad está fuera de duda, puesto que no quiere engañarme con mi... amiga que se le ofrece sin ambages, comparte conmigo la opinión que yo he tenido el honor de desarrollar ante esta honrada concurrencia... Habla, Tragomer; tú debes tener argumentos para estos mogigatos que me chillaban hace un momento y ahora te escuchan con la boca abierta porque tomas esos aires tenebrosos que les hacen esperar revelaciones sensacionales. ¡Anda, amigo mío, rompe los diques de tu elocuencia, convéncelos, aplástalos, á Marenval sobre todo, que ha estado innoble conmigo, interrumpiéndome continuamente, como si estuviese yo elogiando alguna falsificación de su fécula, que es, dicho sea de paso, la más sospechosa porquería que se ha fabricado nunca en los dos hemisferios!

--¡Adiós! ya se disparó... exclamó Marenval con desesperación. ¿Quién detiene ese molino de palabras?

--¡Cállate! gritó el coro de convidados.

--¡Tragomer! ¡Tragomer!

Y los cuchillos golpeaban los vasos en cadencia, con un ruido ensordecedor. El joven Maugirón hizo un signo con la mano para reclamar silencio y con voz aflautada dijo:

--El señor vizconde Cristián de Tragomer tiene la palabra sobre el error judicial y sus fatales consecuencias.

En seguida se volvió á sentar y un silencio profundo se produjo, como si todos los concurrentes sospechasen que Cristián tenía revelaciones importantes que hacer.

--No ignoráis, dijo entonces Tragomer, que partí hace dos años para un viaje al rededor del mundo que me ha tenido alejado de París y de mis amigos hasta el otoño último. Durante esos veinticuatro meses he recorrido numerosos y variados países y paseado por ellos mi aburrimiento y mi tristeza. Tenía serias razones para dejar la Francia. Una gran pena había alterado mi vida. Un suceso misterioso, todavía inexplicable para mí, había producido la prisión, el procesamiento y la condena de mi compañero de la juventud, de Jacobo de Freneuse...

--¡Sí! nos acordamos de aquel deplorable asunto, dijo Chambol, y aun creo que Marenval era algo pariente ó aliado de la familia de Freneuse y que este pobre amigo estuvo muy afectado por el escándalo horrible que produjo el proceso.

--No es divertido, ciertamente, dijo Marieta de

Fontenoy, para un hombre como Marenval, que es la corrección y la elegancia mismas, el ver á uno de sus parientes en el banquillo de los acusados.

Marenval dirigió á la hermosa muchacha una sonrisa de agradecimiento y, tomando una actitud solemne, declaró:

## Hasta aqui llega la vista previa gratuita.

Sigue leyendo este libro completo en tu biblioteca:

compralo por $20 MXN o leelo con la Membresia ($149 / 30 dias).

**tiendamundodelibros.com**